

REGRESAR A LA ORTODOXIA DE LA IGLESIA

(Jueves: sesión de la noche)

Mensaje tres

La iglesia en Esmirna

Lectura bíblica: Ap. 2:8-11; 1:18; 22:13

I. La iglesia en Esmirna era una iglesia que estaba bajo el sufrimiento de la persecución—Ap. 2:8-11:

- A. En el griego, *Esmirna* significa “mirra”, una especia dulce que, en figura, representa sufrimiento; la iglesia en Esmirna era una iglesia sufriente—v. 10:
1. Esta iglesia perseguida sufría, pero permanecía en la dulzura y fragancia de Cristo.
 2. Esta iglesia participaba en la tribulación en Jesús y en la comunión en Sus padecimientos—1:9; Fil. 3:10.
 3. La iglesia en Esmirna sufrió tal como lo hizo Cristo y así llegó a ser la continuación de Sus sufrimientos—Col. 1:24:
 - a. Las aflicciones de Cristo pertenecen a dos categorías: las que sufrió para lograr la redención, las cuales fueron cumplidas por Cristo mismo, y las que sufrió para producir y edificar la iglesia, las cuales necesitan ser completadas por los apóstoles y los creyentes.
 - b. “Las aflicciones de Cristo por Su Cuerpo, que es la iglesia” (v. 24) deben ser completadas por Sus seguidores tanto a nivel individual como a nivel colectivo.
 - c. En la iglesia en Esmirna vemos la continuación colectiva de los padecimientos de Jesús.
 - d. Debido a que esta iglesia representó la continuación de los padecimientos de Jesús, ella era verdaderamente el testimonio de Jesús—Ap. 1:2, 9; 19:10.
- B. La iglesia en Esmirna sufrió “las calumnias de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás”—2:9:
1. Los judaizantes calumniaban con críticas malignas a la iglesia sufriente; ellos insistían obstinadamente en mantener el judaísmo, constituido por el sacerdocio levítico, los rituales de sacrificio y el templo físico, los cuales son tipos que han sido cumplidos y reemplazados por Cristo.
 2. Puesto que la iglesia bajo el nuevo pacto en la economía de Dios no participaba en las prácticas religiosas de ellos, los judaizantes la calumniaban.
 3. En principio, hoy en día ocurre lo mismo en que los religiosos difaman a las iglesias en el recobro del Señor, las cuales buscan al Señor y le siguen en espíritu y en vida sin importarles el sistema religioso.
 4. Conforme a la palabra del Señor en Juan 15:1, 4-5 y 18-24, la vid y los pámpanos enfrentan la oposición del mundo religioso (el judaísmo); hoy en día el cristianismo es el mundo religioso, el sistema religioso que no sólo se opone a Cristo, la vid verdadera, sino también a la iglesia, los pámpanos de la vid—cfr. Gá. 1:4.

- C. La persecución que la iglesia padeció fue iniciada desde la sinagoga religiosa de los judíos por instigación de Satanás, el adversario, y llegó a su consumación mediante el Imperio romano que fue usado por el diablo, el calumniador; la persecución de la iglesia sufriente fue fruto de la cooperación entre la religión satánica y la política diabólica—Ap. 2:9-10.
- D. El Señor Jesús dijo a la iglesia sufriente: “Yo conozco tu tribulación”—v. 9:
 - 1. La tribulación es de gran valor para la iglesia debido a que pone a prueba su vida.
 - 2. El propósito del Señor al permitir que la iglesia sufra tribulación no es sólo testificar que Su vida de resurrección vence la muerte, sino también capacitar a la iglesia para que disfrute las riquezas de Su vida—Jn. 11:25; Ap. 1:18; Ef. 3:8.

II. Al hablar a la iglesia en Esmirna, el Señor dijo que Él es “el Primero y el Último, el que estuvo muerto y revivió”—Ap. 2:8:

- A. El hecho de que Cristo es el Primero y el Último significa que Él nunca cambia:
 - 1. En los sufrimientos, la iglesia debe saber que el Señor es el Primero y el Último, Aquel que existe para siempre y nunca cambia.
 - 2. Sin importar cuál sea el entorno de persecución, el Señor permanece igual; nada puede precederle, y nada puede existir después de Él; todas las cosas están dentro de los límites de Su control.
- B. La declaración hecha por el Señor en el versículo 8 implica la creación —el Primero— y la compleción —el Último—, y también implica la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección de Cristo:
 - 1. Ésta es una declaración hecha para fortalecer la iglesia sufriente en Esmirna, la cual experimentaba y sufría el martirio.
 - 2. Lo único que puede apoyar a los santos en su martirio es ver a Aquel que creó y que completará todo el universo, y que fue encarnado, vivió en la tierra, fue crucificado y resucitó; tal visión sostiene a los mártires para que estén firmes en sus sufrimientos—v. 10.
 - 3. Todas las iglesias locales necesitan creer que el Señor Jesús es el Primero y el Último, el Principio y el Fin; Él llevará a cabo lo que ha comenzado en Su recobro—22:13.
- C. Como Aquel que estuvo muerto y revivió, Cristo es el Viviente—2:8; 1:18:
 - 1. El Señor Jesús sufrió la muerte y volvió a vivir; Él entró en la muerte, pero la muerte no pudo retenerle, porque Él es la resurrección—Hch. 2:24; Jn. 11:25.
 - 2. “Estuve muerto, mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos”—Ap. 1:18:
 - a. La resurrección es una vida que pasa por muerte y aún permanece viva.
 - b. La resurrección de Cristo es la prolongación de Sus días; Él existirá por los siglos de los siglos en Su resurrección.
 - 3. El Cristo resucitado, el Viviente, vive en nosotros y entre nosotros; por tanto, todas las iglesias deberían ser vivientes como Él es, es decir, estar llenas de vida y vencer la muerte—1 Ti. 3:15.
 - 4. Que el Señor vive para siempre es Su testimonio; cuanto más vivientes seamos, más seremos el testimonio del viviente Jesús—Ap. 1:2, 9; 19:10.
 - 5. A fin de que seamos vivientes, debemos tener no sólo la vida, sino el suministro de vida; Cristo, el Viviente, cuida de las iglesias al darnos Su mismo

ser no sólo como vida, sino también como suministro de vida—Jn. 4:10, 14; 6:48, 51; Ap. 2:7, 17; 3:20.

- D. Cristo, Aquel que estuvo muerto y revivió, tiene las llaves de la muerte y del Hades—1:18:
1. El Señor Jesús venció la muerte y destruyó al diablo, las llaves de la muerte y del Hades ahora están en Su mano, y Él es victorioso sobre el sepulcro—He. 2:14; Ap. 1:18.
 2. En Su resurrección el Señor Jesús ha quitado la autoridad de la muerte y del Hades; la muerte está sujeta a Él, y el Hades está bajo Su control—v. 18.
 3. En la vida de iglesia actualmente ya no estamos sujetos a la muerte ni al Hades, pues Cristo abolió la muerte y venció al Hades en Su resurrección—He. 2:14.
 4. Cristo no solamente derrotó la muerte, sino que la anuló; en 2 Timoteo 1:10 se nos revela que Cristo anuló la muerte, dejándola sin efecto, mediante Su muerte, con la cual destruyó al diablo y por medio de Su resurrección, que sorbe la muerte—He. 2:14; 1 Co. 15:52-54.

III. “Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida”—Ap. 2:10:

- A. “Sé fiel hasta la muerte”:
1. El Señor insiste que la vida de todos aquellos que le sirven a Él le pertenece; es por esto que debemos ser fieles incluso hasta la muerte.
 2. Ser fieles hasta la muerte es un asunto tanto de actitud como de tiempo:
 - a. Con respecto a nuestra actitud, debemos ser fieles incluso hasta la muerte—12:11.
 - b. Con respecto al tiempo, debemos ser fieles hasta la muerte.
- B. “Yo te daré la corona de la vida”:
1. La corona de la vida, como premio concedido a los que son fieles hasta la muerte para vencer la persecución, denota la fuerza vencedora que es el poder de la vida de resurrección (Fil. 3:10); también denota que estos vencedores han obtenido la superresurrección de entre los muertos (v. 11), la resurrección sobresaliente.
 2. No solamente el árbol de la vida, sino que la corona de la vida será una recompensa a la iglesia sufriente—Ap. 2:7, 10:
 - a. Comer del árbol de la vida es algo interno que tiene por finalidad proporcionar suministro, y la corona de la vida es algo externo que tiene por finalidad la gloria.
 - b. Las promesas con respecto al árbol de la vida y la corona de la vida están íntegramente relacionadas con la vida divina (Jn. 1:4; 10:10; 11:25; 1 Jn. 5:11-13); esta vida tiene que ser nuestro alimento, y entonces será nuestra expresión y nuestra glorificación como corona de la vida.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA IGLESIA EN ESMIRNA: LA VIDA DE RESURRECCIÓN Y LA CORONA DE LA VIDA

El Señor ejerció Su soberanía al escoger a las iglesias para cumplir Su propósito. Él escogió siete ciudades en Asia Menor: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y

Laodicea. Según el griego, el nombre de cada ciudad tiene mucho significado, y concuerda exactamente con su significado espiritual. Como ya dijimos, *Éfeso* significa “deseable”, lo cual indica que la iglesia en Éfeso era preciosa para el Señor y deseable a Sus ojos. En griego *Esmirna* significa “mirra”. La mirra es una especia dulce que, en figura, representa el sufrimiento. En la tipología, la mirra representa el dulce sufrimiento de Cristo. Por consiguiente, la iglesia en Esmirna era una iglesia sufriente, una prefigura de la iglesia que sufriría bajo la persecución del Imperio romano a finales del primer siglo y hasta la primera parte del cuarto siglo. La iglesia perseguida sufría, pero permanecía en la dulzura y fragancia de Cristo. En otras palabras, esta iglesia participaba en la tribulación en Jesús y en la comunión en Sus padecimientos. La iglesia en Esmirna sufrió como lo hizo Cristo y así llegó a ser la continuación de Sus sufrimientos. En Colosenses 1:24 Pablo dijo que él completaba “lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su cuerpo, que es la iglesia”. Pablo completaba los sufrimientos de Cristo. Aunque nadie puede continuar la obra redentora de Cristo, Sus sufrimientos deben ser completados por todos Sus seguidores, tanto a nivel individual como a nivel colectivo. En la iglesia en Esmirna vemos la continuación colectiva de los padecimientos de Jesús. Debido a que esta iglesia representó la continuación de los padecimientos de Jesús, ella era verdaderamente el testimonio de Jesús.

Consideremos ahora al que habla a la iglesia en Esmirna. En Apocalipsis 2:8 el Señor dice: “El Primero y el Último, el que estuvo muerto y revivió, dice esto”. El Señor le dijo a esta iglesia sufriente que Él era el Primero y el Último. Esto significa que no importa cuán grandes fueran los sufrimientos por los que Él pasó, esos sufrimientos no pudieron terminarlo ni dañarlo. Él fue el Primero y, a la postre, Él también fue el Último. En los sufrimientos, la iglesia debe saber que el Señor es el Primero y el Último, Aquel que existe para siempre y nunca cambia. Sin importar cuál sea el entorno, Él permanece igual. Nada puede precederle, y nada puede existir después de Él. Todas las cosas están dentro de los límites de Su control.

Cuando el Señor le dijo a la iglesia en Esmirna que Él era el Primero y el Último, indicaba con ello que la iglesia tiene que ser victoriosa. La iglesia no debe detenerse ante ningún tipo de sufrimiento. Debe pasar por todos los sufrimientos y llegar al final, porque el Señor, quien es la vida y la Cabeza de la iglesia, es el Primero y el Último.

EL QUE ESTUVO MUERTO Y REVIVIÓ

En este versículo el Señor también dijo que Él es Aquel que “estuvo muerto y revivió”. *Revivir* significa resucitar. El Señor sufrió la muerte y volvió a vivir. Él entró en la muerte, pero la muerte no pudo retenerle (Hch. 2:24), porque Él es la resurrección (Jn. 11:25). La iglesia sufriente también necesita conocerlo a Él como tal para poder resistir todo tipo de sufrimiento. No importa cuán severa sea la persecución, la iglesia continuará viviendo, porque la vida de resurrección de Cristo dentro de ella puede soportar la muerte. Cuando mucho el sufrimiento o la persecución sólo pueden matarnos. Después de la muerte que experimentamos por la persecución, viene la resurrección. Por tanto, el Señor pareciera decirle a la iglesia sufriente: “Debes comprender que Yo fui Aquel que fue perseguido hasta la muerte. Pero la muerte no fue el fin, fue la entrada a la resurrección. Cuando entré en la muerte, llegué al umbral que da acceso a la resurrección. No tengas miedo a la persecución, ni temor de la posibilidad de ser muerto. Debes recibir la muerte y estar contento, porque una vez que hayas pasado por la muerte también tú estarás al umbral que da acceso a la resurrección. Recuerda, que Yo soy Aquel que estuve muerto y reviví”. Lo que sea que necesitemos, el Señor es. Sus calificaciones corresponden exactamente a nuestras necesidades. Para la iglesia sufriente, el Señor no es solamente el Primero y el principio, sino también el Último y el fin. Cuando usted

esté pasando por persecución, debe alzar la cabeza y declarar: “Aleluya, voy hacia el fin, hacia el último. Estoy entrando a la puerta que da acceso a la resurrección”. (*Estudio-vida de Apocalipsis*, págs. 123-125)

ÉL ES EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO

En Apocalipsis 1:17 el Señor Jesús dice: “Yo soy el Primero y el Último”. Cristo no solamente es el Primero y el Último, sino también el Principio y el Fin. Él es el Primero, es decir, Aquel que está en el principio; y el Último, Aquel que está al final. Esto nos asegura que, habiendo dado inicio a la vida de iglesia, Él con certeza la llevará a Su conclusión. Él jamás dejará Su obra inconclusa. Todas las iglesias locales tienen que creer que el Señor Jesús es el Principio y el Fin. Él llevará a cabo lo que Él inició en Su recobro.

ÉL ES EL VIVIENTE, Y AQUEL QUE ESTUVO MUERTO, MAS HE AQUÍ VIVE POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS

En Apocalipsis 1:18 vemos que el Señor es “el Viviente”, Aquel que estuvo muerto mas he aquí vive por los siglos de los siglos. El Señor sufrió la muerte y volvió a vivir. Él entró en la muerte, pero la muerte no pudo retenerle (Hch. 2:24) porque Él es la resurrección (Jn. 11:25). Cristo murió, pero en resurrección Él vive para siempre. La resurrección es la extensión de los días del Señor. Él existirá por siempre y para siempre en Su resurrección. Actualmente Jesucristo es el Viviente, Aquel que está en resurrección. A fin de impartir vida, Cristo tiene que ser el Viviente, pues una persona muerta jamás podría impartir vida a los demás.

La importancia de que Él sea el Viviente radica en el hecho de que Él vive en nosotros. Él es viviente por siempre y vive en nosotros. Por tanto, Él desea que dejemos toda clase de muerte y nos levantemos en resurrección a fin de ser la iglesia viviente. El Viviente que está dentro de nosotros jamás podría estar muerto. Su iglesia no debe estar muerta ni estar sumida en muerte; más bien, Su iglesia tiene que ser viviente todo el tiempo. Tenemos que aprender a disfrutar a Cristo como el Viviente. Que Él vive para siempre es Su testimonio, pues el testimonio de Jesús está siempre relacionado con el hecho de ser viviente. Si una iglesia local no es viviente, no tendrá el testimonio de Jesús. Cuanto más vivientes seamos, más seremos el testimonio del viviente Jesús.

El Cristo que anda en medio de las iglesias, quien es la Cabeza de las iglesias y a quien pertenecen las iglesias, es el Viviente: Aquel lleno de vida. Por tanto, también las iglesias, Su Cuerpo, deben ser vivientes, frescas y fuertes. Tenemos al Cristo viviente, quien ha vencido la muerte. Nuestro Cristo, quien es el Resucitado, es viviente en nosotros y entre nosotros. Él es viviente por siempre y para siempre. ¡Cuán viviente es el Cristo que tenemos en el recobro! En el recobro todas las iglesias deben ser tan vivientes como Cristo, es decir, deben estar llenas de vida y vencer la muerte.

El Señor Jesús es el Viviente. Para ser vivientes, no solamente debemos tener vida, sino también el suministro de vida. Si no ingerimos alimento alguno, no seremos vivientes; pero si ingerimos alimentos nutritivos, seremos personas vivientes e, incluso, dinámicas. Tenemos energía porque comemos. El Cristo viviente cuida de las iglesias al suministrarse Él mismo a los creyentes como alimento y suministro de vida. Por tanto, en Sus siete epístolas a las siete iglesias, el Señor como Viviente presenta tres promesas relacionadas con el comer: el árbol de la vida (Ap. 2:7), el maná escondido (v. 17) y un banquete lleno de Sus riquezas (3:20). Si hemos de ser personas vivientes, debemos comer a Cristo como el árbol de la vida, como el maná escondido y como nuestro banquete.

Fue a la iglesia en Esmirna, la iglesia sufriente, que el Señor se reveló como Aquel que estuvo muerto y volvió a vivir. La iglesia sufriente necesita conocerle como tal, a fin de poder resistir toda clase de padecimiento. Por muy severa que sea la persecución, la iglesia seguirá viva porque la vida de resurrección de Cristo en ella puede resistir la muerte. El sufrimiento o la persecución pueden, en el peor de los casos, darnos muerte; pero después de haber muerto a raíz de la persecución, experimentaremos la resurrección. El Señor fue perseguido hasta ser muerto; pero esa muerte no fue el fin, sino que fue la puerta de entrada en la resurrección. Al entrar en la muerte, Él cruzó el umbral que da acceso a la resurrección. Esto indica que la iglesia sufriente no debe temer la persecución ni aterrizararse por la perspectiva de sufrir muerte; más bien, debiera dar la bienvenida a tal muerte y sentirse feliz, pues una vez que haya entrado en la muerte se encontrará en el umbral que da acceso a la resurrección. Siempre que padecemos persecución, tenemos que levantarnos y proclamar: “¡Aleluya estoy a punto de entrar por la puerta de la resurrección!”.

Para la iglesia, la tribulación es una prueba de vida. En qué extensión la iglesia experimenta y disfruta la vida de resurrección de Cristo puede ser probado únicamente mediante la tribulación. Además, la tribulación también trae consigo las riquezas de la vida de resurrección de Cristo. El propósito del Señor al permitir que la iglesia padezca tribulación no es solamente testificar que Su vida de resurrección vence a la muerte, sino también permitir que la iglesia participe de las riquezas de Su vida. La vida de resurrección del Señor está en la iglesia. Cristo, Aquel que es la resurrección, vive en nosotros. Debido a que tenemos la vida de resurrección en nosotros, no hay razón ni excusa para que fallemos. No debemos ser derrotados por la persecución; más bien, tenemos que padecer esta persecución victoriosamente por Su vida de resurrección.

ÉL TIENE LAS LLAVES DE LA MUERTE Y DEL HADES

En Apocalipsis 1:18 el Señor también dice: “Tengo las llaves de la muerte y del Hades”. Por causa de la caída y del pecado del hombre, la muerte entró y ahora opera en la tierra para llevar a todos los pecadores al Hades. La muerte es como el recogedor de basura que usamos para recoger el polvo del piso, y el Hades es como el basurero. Todo cuanto es recogido por el recogedor de basura es puesto dentro del basurero. Así que, la muerte es la que recoge, y el Hades es el que guarda. En la vida de iglesia actualmente ya no estamos sujetos a la muerte ni al Hades, pues Cristo abolió la muerte en la cruz y venció al Hades en Su resurrección. Aunque el Hades se esforzó al máximo por retener a Cristo, no tenía poder alguno para hacerlo (Hch. 2:24). Con Cristo la muerte perdió su aguijón, y el Hades, su poder. Tenemos que ser iguales a Cristo. En la vida de iglesia, las llaves de la muerte y del Hades están en las manos de Cristo. Es imposible para nosotros confrontar la muerte; simplemente no tenemos la capacidad para ello. Siempre que intervenga la muerte, matará a muchos. Pero siempre y cuando demos al Señor Jesús la base, la oportunidad y la vía libre para moverse y actuar entre nosotros, tanto la muerte como el Hades estarán bajo Su control. Sin embargo, siempre que el Señor Jesús no tenga tal base en la iglesia, de inmediato la muerte se hace prevaleciente y el Hades se hace poderoso para retener a los muertos. Debemos alabar al Señor que Cristo tenga las llaves de la muerte y del Hades. La muerte está sujeta a Él, y el Hades está bajo Su control.

La resurrección de Cristo también fue Su victoria sobre la muerte, sobre Satanás, sobre el Hades y sobre el sepulcro (v. 24). Satanás, la muerte, el Hades y el sepulcro forman un solo grupo. Cristo, el Hijo del Hombre, no solamente fue vindicado por Dios y demostró que Él tuvo éxito en Sus logros, sino que además Él fue victorioso sobre la muerte, Satanás, el Hades y

el sepulcro, cosas que son motivo de gran preocupación y turbación para nosotros. El Hijo del Hombre venció a la muerte y destruyó a Satanás (He. 2:14). Las llaves de la muerte y del Hades están ahora en Sus manos (Ap. 1:18), y Él es victorioso sobre el sepulcro. Tal Cristo anda en medio de todas las iglesias locales en Su recobro, cuidando de ellas como candeleros de oro. (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 4355-4359)